

NAPOLEON

EL GRAN CONQUISTADOR
NO PUDO HACER SUYO
EL CORAZON DE

JOSEFINA



UNA SERIE DE
REPORTAJES
HISTORICOS
SOBRE LA VIDA
SENTIMENTAL
DE FIGURAS
CELEBRES

Por CARMEN
VAZQUEZ-VIGO



NO he pasado un día sin amar-
te ni una noche sin estrecharte
entre mis brazos. No he toma-
do una taza de té sin maldecir
la gloria y la ambición que
me tienen alejado del alma
de mi vida. Mientras voy a la
cabeza de las tropas, recorrien-
do los campos de batalla, sólo mi adora-
ble Josefina está en mi corazón, ocupa
mi espíritu, absorbe mi pensamiento...
Y, sin embargo, en tu última carta, me
tratas de «usted». ¡Usted! ¡Ah, cruel!
¿Cómo has podido escribirla? ¡Qué fría es!
Mi alma está triste, mi corazón esclavi-
zado y mi imaginación me asusta... Me



La coronación de Napoleón y Josefina. Cuadro de David

quieres menos... Y un día, ya no me quedarás en absoluto...

Adiós, mujer, tormento, dicha, esperanza y alma de mi vida. No te pido amor eterno; pero sí verdad, franqueza sin límites. El día en que me digas «ya no te quiero», será el último de mi amor o el último de mi vida. Si mi corazón fuera tan vil como para amar sin ser correspondido, sería capaz de destrozarlo con mis dientes.

Pardón, alma de mi vida. Mi cabeza está llena de vastos planes pero mi corazón está enteramente ocupado por ti, por temores que me hacen desgraciado... Adiós. Si ya no me amas, es que no me has amado nunca. Entonces yo sería merecedor de piedad...»

Esta carta, que parece obra del más exacerbado de los románticos, fue escrita, cuando el romanticismo aún no había nacido, por Napoleón Bonaparte. Conoció a su destinataria, Josefina Tascher de la Pagerie, vizcondesa de Beauharnais, a los veinticuatro años, cuando acababa de ser ascendido, por su brillante actuación en el sitio de Tolón, a General de Brigada.

Por entonces, la hermosa viuda gozaba de la «protección» de Barras, el poderoso político y sus salones eran paso obligado de aristócratas, hombres de estado y de cuantos constituían la más brillante sociedad del momento.

El «pequeño Bonaparte», como se le llamaba por su escasa estatura y sus tor-

pes maneras de isleño, no tardó en sumarse a la corte de admiradores de Josefina y en convertirse, poco después, en su más rendido enamorado. Probablemente no se hubiera atrevido jamás a confesar sus sentimientos a la bella criolla; pero Barras, que los conocía, actuó como romántico embajador del joven corso.

Con ello buscaba obtener una doble satisfacción: proporcionar a Napoleón, al que admiraba y estimaba sinceramente, el logro de sus ilusiones, y quedar libre de la vizcondesa que ya, desde algún tiempo, le estaba resultando una carga molesta.

A Josefina la perspectiva no se le ofreció ni humillante ni desdenable. Si Barras era poderoso no prometía serlo menos

aquel muchacho que estaba haciendo tan vertiginosa carrera. Además, en este caso, no se trataba de una simple «protección», sino de matrimonio.

Sopesando las posibilidades, como era habitual en ella, la vizcondesa dio el «sí» que los dos hombres esperaban. Para Barras significó una liberación y para Bonaparte el comienzo de una derrota.

una triste luna de miel

La boda tuvo lugar el 9 de marzo de 1796. Sólo once días después, Bonaparte, nombrado general en jefe del ejército de Italia, tuvo que marchar a reunirse con su ejército abandonando a la recién casada.

Si para él esta separación tuvo visos de auténtico drama —la carta que transcribimos al comienzo y que así lo demuestra fue escrita el día 20— para Josefina fue más bien agradable. Le satisfizo recobrar su independencia, que la celosa pasión de su marido obstaculizaba, y reanudó la vida que era de su agrado: fiestas suntuosas, conversaciones frívolas, coqueteos con sus admiradores. Mientras tanto, Bonaparte le escribía:

«Mi felicidad es que tú seas feliz. Jamás ninguna mujer ha sido amada con más devoción, fuego y ternura que tú... ¿Cómo quieres que no esté triste? No recibo car-

tas tuyas. Me llegan cada cuatro días y, si me quisieras de veras, me escribirías dos veces diarias. Pero claro, hay que charlar con los amigos que te visitan desde las diez de la mañana, y escuchar los chismes y las tonterías de todos esos estúpidos hasta pasada medianoche... Y, sin embargo, cada día te quiero más. La ausencia cura las pequeñas pasiones y recrudece las grandes.

¡Ven pronto! Trae contigo tu cocinera, tu doncella, tu cochero. Aquí tengo, a tu disposición, una bella carroza y una vajilla de plata. Con Murat, que te llevará esta carta, te envío doscientos luses que puedes emplear en lo que necesites o en amueblar las habitaciones que me destinan. ¡Si pudieras poner tu retrato en cada rincón...! Pero no; el que llevo en mi corazón es tan hermoso que ninguno, por hábiles que fueran los pintores, podría igualarlo.

Será un día muy feliz aquél en que cruces los Alpes. La mejor recompensa a mis penas y a las victorias que he conseguido.»

Mientras tenía en vilo a toda Europa, mientras obtenía para Francia un imperio, Napoleón no podía apartar el pensamiento de una mujer que estaba muy lejos de ser como él, enceguecido por la pasión, imaginaba.

Josefina no pensaba ni por un momento en ir a reunirse con su marido. Se sentía demasiado feliz en medio de sus admiradores, a los que acababa de sumarse uno más: el portador de la carta, Murat.



Mesa de trabajo del



Napoleón de joven

el verdadero retrato de Josefina

En efecto, jamás ninguna mujer había sido amada con más devoción, y jamás fue el amor de un gran hombre peor recompensado. Josefina era interesada, frívola, mentirosa. A las súplicas de su marido para que fuese a reunirse con él, respondió con una vil intención: iba a ser madre. Las molestias propias de su estado le impedían ponerse en viaje.

Esta noticia llenó de alegría a Napoleón. Por desgracia pronto tuvo la certeza de que se trataba de un engaño y escribió a su esposa:

«Estoy volviendo en mí, estoy ahogando un sentimiento indigno. La gloria no es bastante para devolverme la felicidad pero, por lo menos, puede hacerme inmortal... Mi desgracia ha sido haberte conocido poco. La tuya, haberme juzgado como a los hombres que te rodean.

Mi corazón no ha experimentado jamás sentimientos mediocres. Tú le has inspirado una pasión sin límites, una embriaguez que lo degrada. Adiós, Josefina. Quédate en París, no vuelvas a escribirme y respeta al menos mi asilo.»

La infiel criolla no vio en esta carta más que la afligida queja de un hombre enamorado. Barras, más inteligente que ella, advirtió la peligrosa inminencia de una ruptura. Casi a la fuerza obligó a Josefina a que fuese a reunirse con su marido, en Italia.



Emperador en Chamartín de la Rosa



La emperatriz Josefina

Este viaje fue una tregua, no una solución. El retrato espiritual de su mujer ya había aparecido demasiado claro a los ojos de Bonaparte y el amor que sentía por ella empezó a desmoronarse.

de la pasión a la ironía

Como corolario a una interminable serie de triunfos, Napoleón ostentaba el más alto título que hubiera podido soñar: emperador. A su lado Josefina compartía su gloria pero no era ya la mujer única, la amada, la predilecta. Las cartas llenas de fuego que le dirigía su esposo en otros tiempos dieron paso a cortos billetes amables y zumbones.

«Gran Emperatriz: No he recibido ni una carta desde vuestra marcha de Estrasburgo. Habéis pasado por Baden, por Stuttgart y Munich, sin escribirme una letra. ¡No es muy amable, que digamos! Sigo estando en Brumm. Los rusos se han marchado, así que disfruto de relativo descanso. Dignaos, desde lo alto de vuestra grandeza, ocuparos de vuestros esclavos.»

Josefina aún se permitía disgustar a Napoleón. Estaba demasiado acostumbrada a que no le tuviera en cuenta sus ligerezas como para pensar que ella misma podía llegar a ser víctima de las de su marido. Fue con sorpresa primero y con

desesperación después, que tuvo noticia de las relaciones de Bonaparte con una bella polaca, María Walewska.

Esta vez fue Josefina la que se apresuró a ir al encuentro de su marido. A su carta anunciándoselo, él contestó que el mal estado de las carreteras y los peligros del campo de batalla hacían desaconsejable el viaje. Tales argumentos, por demás inconsistentes, no lograron disuadir a Josefina de su propósito. Se puso en camino y, apenas recorrida la primera etapa, recibió un billete del Emperador. En él le ordenaba que regresara a París. Josefina había perdido definitivamente la partida.

la última carta

A pesar de que la pasión se había desvanecido, de que había contraído nuevo matrimonio con la Archiduquesa María Luisa de Austria, Napoleón siguió manifestando a Josefina un afecto entrañable. No en vano estaban unidos a la imagen de esa mujer los momentos de mayor dicha que había conocido. Por eso cuando la suerte le volvió la espalda, poco antes de marchar a la isla de Elba, no olvidó despedirse de ella.

«Siento la cabeza y el espíritu liberados de un enorme peso —la escribía. Mi caída es grande; pero al menos, según me dicen, será útil. En mi retiro voy a

sustituir la espada por la pluma. La historia de mi reino será sorprendente. No me han visto más que de perfil. Ahora voy a mostrarme por entero. ¡Cuántas cosas tengo que decir! ¡Cuántos hombres, de los que se tiene una falsa opinión, conozco de verdad...! He colmado de beneficios a millares de miserables. ¿Y qué han hecho ellos por mí en estos últimos tiempos? Me han traicionado todos. Excepto el buen Eugenio, tan digno de ti y de mí. ¡Ojalá pueda ser feliz bajo un rey hecho para apreciar los sentimientos del honor!

«Adiós, querida Josefina. Resignate lo mismo que yo y acuérdate de quien no te ha olvidado nunca ni te olvidará jamás.»

Napoleón, hasta el final, creyó que podía contar con la amistad sincera de su primera esposa. Felizmente para él no supo que Josefina, pocos días antes de recibir su carta de despedida, había escrito a su hijo, «el buen Eugenio», estas líneas:

«Todo ha terminado, él abdica. En lo que a ti respecta, estás libre de todo juramento de fidelidad. Todo lo que hicieras por él sería inútil. Piensa solamente en tu familia.»

Y siguiendo ella misma el consejo que daba a su hijo, se desinteresó por completo de la suerte del ex emperador, preocupándose tan sólo de ver qué podía salvar del naufragio. Su alma era demasiado pequeña para hacer otra cosa.